

Otra pesadumbre para la Iglesia vino de Oriente hácia el mismo tiempo: Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, fomentó las semillas del cisma sembradas por Focio en el ánimo de los griegos; y aunque en esta ocasion fueron reprimidas, pudo ya preverse que la Iglesia griega, colgada apenas de un hilo de la latina, no tardaría en romper este débil vínculo que la unia con su Madre: deplorable cisma que sin embargo no se consumó hasta mucho tiempo despues, segun veremos. Mayores y nuevos tormentos causaban á los cristianos de Egipto y Palestina los musulmanes, cada dia mas pujantes, afligiendo de rechazo á la Iglesia<sup>1</sup>; pero en cambio otro pueblo se disponia á consolarla.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber velado sobre nuestras necesidades espirituales y corporales: hacednos la gracia de que tiernamente amemos á la Iglesia, la cual dió origen á tantas y tan provechosas Órdenes religiosas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *seré bueno para con los pobres extraños.*

<sup>1</sup> Fleury, lib. LVIII y sig.

LECCION XXXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XI, CONTINUACION).

La Iglesia consolada é indemnizada: conversion de los húngaros; — afligida: guerra de los señores; — consolada: tregua de Dios. — La Iglesia atacada: sarracenos en Oriente, África é Italia; — defendida y consolada: Cruzadas; establecimiento de los Cartujos.

Para consolar á la Iglesia é indemnizarla de las pérdidas que le ocasionaron la herejía de Berengario, el cisma de Miguel y la invasion de los musulmanes, hemos dicho que Dios iba á concederle un pueblo nuevo: volvamos en efecto las miradas al Norte de Europa, pues tambien de allí procede, siguiendo el curso de las conquistas que desde varios siglos granjearon á la Iglesia aquellas dilatadas regiones, habiendo empezado los polacos, seguido los normandos y los rusos, hasta llegar esta vez los húngaros. Si, los hijos de aquellos hunos tan espantables que á las órdenes del fiero Átila estremecieron al universo en el siglo vi, van ahora á convertirse en mansos corderos bajo el cayado del divino Pastor <sup>1</sup>. Para todo hombre ilustrado, la conversion de los húngaros, al igual que la de los demás pueblos del Norte, es un milagro de primer orden que de sí solo prueba la divinidad del Cristianismo.

Comparables á los normandos en barbarie, los húngaros los sobrepujaban tal vez en crueldad, pues comian carne cruda, bebían sangre, y cortaban á pedacitos el corazon de sus prisioneros para comerlo como remedio <sup>2</sup>: siguiendo los pasos de Átila, asolaron varias veces la Alemania, la Italia y la Lorena, dejando por todas partes sangrientas huellas de su horrenda crueldad; abrasaban las iglesias, inmolaban á los sacerdotes cabe los altares, y se llevaban cau-

<sup>1</sup> Véase José Assemani, *Coment. in Calend.*; Deguignes, *Historia general de los hunos.*

<sup>2</sup> Fleury, lib. LIX, XXXIII.

tivos infinitos cristianos sin distincion de edad, sexo ó categoría; sin embargo la religion cristiana fué bastante á amansar aquellos monstruos, é inspirarles sentimientos de humanidad y virtud.

Dios, queriendo convertirles, tocó el corazon de uno de sus reyes llamado Geysa, á quien inspiró disposiciones tan benévolas en favor de los cristianos, que acabó por recibir el Bautismo con toda su familia, y tan pronto apóstol como neófito, su mayor deseo fué abolir luego el Paganismo en sus dominios. Entonces el Señor le hizo ver en sueños un maravilloso mancebo que le dijo: «No se ejecutaré por tí tu designio, porque tienes las manos manchadas de sangre; pero un hijo tuyo realizará lo que deseas, el cual se contará entre los escogidos de Dios; y despues de reinan en la tierra «reinará eternamente en el cielo.»

Tuvo Geysa, en efecto, un hijo al que llamó Estéban, y fué bautizado por san Adalberto, obispo de Praga. Educado con discrecion desde su infancia, dió iguales muestras de piedad, hasta ser con el tiempo el apóstol de sus vasallos; y no bien ocupó el trono, ajustó sólidas paces con los pueblos convecinos, y consagróse enteramente á afianzar el Cristianismo en su señorío. Para que sus esfuerzos tuvieran buen resultado, daba copiosas limosnas y oraba con fervor viéndosele á menudo en la iglesia postrado en el pavimento, ofreciendo á Dios sus gemidos y lágrimas. De todas partes mandaba traer obreros evangélicos, y él mismo se asociaba á los predicadores haciendo de misionero. Innumerables fueron las conversiones operadas; y como en algunos sitios corriese sangre de Mártires, la semilla evangélica cundió con tal rapidez que el santo Rey tuvo la dicha de ver acabar enteramente la idolatría de su reino.

Para mayor consistencia y buen orden de la iglesia de Hungría, dividióse la en diez obispados cuya metrópoli fué Strigonia, á orillas del Danubio, confiriéndose el cargo de arzobispo á un digno religioso llamado Sebastian <sup>1</sup>. En seguida el Rey envió embajadores á Roma para suplicar al Sumo Pontífice que confirmara los establecimientos hechos de obispados y monasterios, y le *confiriera el título de rey* <sup>2</sup>, y el Papa accediendo, le envió una rica corona y una cruz que por especial privilegio le consintió llevar al frente de sus hues-

<sup>1</sup> Fleury, *supra*.

<sup>2</sup> Tambien Miceslao, duque de Polonia que habia abrazado el Cristianismo en 905, hizo suplicar al papa Silvestre que confirmara su título de rey.

tes, cual emblema del apostolado que habia ejercido entre sus vasallos; y de ahí procede el título de apostólico que lleva el monarca de Hungría. Civilizador de su pueblo, á fuer de apóstol y modelo suyo, san Estéban quiso asegurar el fruto de tantos trabajos poniendo su reino bajo la tutela de la Virgen, á la cual profesaba tiernísima devocion; cuya consagracion reiteró algun tiempo antes de su muerte, acaecida el dia de la Asuncion del año 1038.

Salvas, pues, ligeras excepciones, de que mas adelante nos ocuparemos, todo el Occidente era ya cristiano; los feroces pueblos del Norte reposaban cual mansas ovejas en el redil de la Iglesia, porque la civilizacion, hija de la fe, habia seguido doquiera la cruz del Salvador, y el sagrado lábaro tremolaba harto mas allá de los límites del antiguo imperio de los Césares. Para hacer, sin embargo, una gran familia de todos estos pueblos recién cristianos, faltaba combatir cierto abuso, último rastro de la barbarie nativa de tales hordas guerreras: los señores, grandes y pequeños, cuyos castillos presidiados coronaban los montes de uno á otro confin de Europa, apelaban cada dia á la via de las armas para vengar sus injurias reales ó imaginadas, y semejantes á unos buitres que desde la cima de los peñascos en que se anidan precipitanse al fondo de los valles para arrebatan su presa, estos tiranuelos indómitos bajaban de sus torreones con cualquier pretexto, y caian como una plaga sobre las tierras de sus vasallos; de manera que solo se oia hablar de castillos incendiados y destruidos, de cosechas malogradas, de asesinatos en gran número y de familias condenadas á perpetuo llanto.

Violábase la caridad cristiana, y padecian cruelmente los infelices campesinos tras ese continuo guerrear, siendo los reyes incapaces de reprimir tales desórdenes. La Iglesia, madre comun de villanos y señores, vino en ayuda de la sociedad, y no perdonó medio para acabar con este abuso, y al objeto, dudando del éxito si pedia una paz absoluta, propuso una tregua de ciertos dias, decretando en varios concilios, so pena de excomunion, que todo señor ó caballero se abstuviese de hostilizar á otro desde el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana, y durante todo el Adviento y la Cuaresma. Consagráronse á esta tregua los últimos dias de la semana con preferencia á los demás, en recuerdo de los misterios cumplidos en ellos, á saber: la institucion de la sagrada Eucaristía, la pasion de nuestro Señor, y su entierro y resurreccion. Dióse

á esta interesante ley el nombre de *tregua de Dios*<sup>1</sup>, siendo sus pregoneros más celosos san Odilon, abad de Cluny, y el bienaventurado Ricardo, abad de Verdun. ¡Quién sabe cuántos de los que hoy día se burlan de los frailes é insultan á la Iglesia, deben el beneficio de su existencia á la tregua de Dios, obra de los frailes y de la Iglesia!

Hé aquí, pues, la divina Esposa del Hombre-Dios, la casta paloma del Calvario tendiendo sobre la Europa entera sus alas tutelares, desde cuyo momento la paz reina entre los cristianos, las costumbres se depuran, las instituciones sociales se penetran sólidamente del espíritu del Catolicismo, grandes varones brillan con esplendidez en el trono y en el claustro, y la Europa cristiana rebosa vida, siendo todo anuncio de una época solemne y de notables acaecimientos.

Efectivamente, una lucha gigantesca está á punto de trabarse: el Oriente y el Occidente se van á levantar uno contra otro. Los musulmanes ó sarracenos suscitados por Dios para castigo de los cristianos culpables, cual los asirios para castigo de los judíos prevaricadores, olvidando su mision pretenden exterminar al pueblo cristiano; siendo así, su cometido es solo tenerle á raya por medio de saludables correcciones. Conducidos por sus califas apodéranse de gran parte del Oriente, sujetan el África, invaden la España, infestan el mar Adriático y se posesionan de la Calabria, amenazando inundar la Europa y traerle por regalo lo que trajeron á todas partes, corrupción, barbarie y servidumbre. Jerusalem cayó bajo su empuje, y el Santo Sepulcro, cuna de la Religión y de la civilización del mundo, quedaba en su poder, y poco faltaba ya para que la tierra se hiciese musulmana. Pero Dios, que ha dicho al mar: Hasta aquí llegarás, y en ese grano de arena estrellarás el orgullo de tus olas, supo poner un dique al torrente que amenazaba tragarlo todo: un religioso fué el primero en señalar el peligro, á cuya voz la Europa entera se levantó como un solo hombre, y resueltas las Cruzadas, adoptóse la primera por aclamación. Llámense Cruzadas unas guerras que se emprendieron en la edad media para reconquistar la Tierra Santa dominada por los sarracenos: y como los que tomaban parte en ellas adoptaron por distintivo una cruz de lienzo rojo fijada

<sup>1</sup> Véase Ducange en la palabra *Treva Dei*, y Fleury, lib. LVII y LX.

en el hombro derecho, dióseles el nombre de *cruzados*, y de *Cruzadas* á estas guerras, las cuales fueron seis principales.

Antes de bosquejar su historia, no estará de más indicar el influjo que ejercieron. En el día es cosa ya reconocida que á las mismas se debe:

1.º La cesacion de las luchas particulares que los señores mantenían entre sí, lo mismo en Francia que en Alemania, en Italia y en Inglaterra; guerras siempre renacientes, que diezaban sin fruto á la nobleza, aniquilaban al pueblo, y acarreaban en pos de sí la rapiña, el asesinato, y violencias y actos los más odiosos.

2.º Crear, ó á lo menos desarrollar el comercio entre pueblos extraños; pues si bien las Cruzadas trasladaron gruesas sumas á Asia, mayores trajeron de allá á Europa. Adiestrando á los europeos en la marina, les acostumbraron á intentar atrevidas excursiones de circunnavegacion, ocasionaron el invento de la brújula, y prepararon el descubrimiento de América.

3.º Contribuyeron mucho á restablecer y propagar las ciencias en Occidente, y en especial en Francia. Los Papas, con la mira de convertir al Cristianismo á los paganos y cismáticos de Oriente, mandaron crear escuelas para la enseñanza del árabe y otros idiomas orientales; y así Roma como París, Oxford, Bolonia y Salamanca, tuvieron profesores hábiles costeados por el Santo Padre en Roma, en París por el rey, y en los otros países por sus prelados y cabillos ó monasterios. Estos profesores, además del desempeño de su cátedra, tenían obligacion de verter al latin las mejores obras escritas en los idiomas que cursaban.

4.º Diéronnos la idea y el gusto de una porcion de artes, en especial de esa arquitectura gótica hoy tan celebrada, cuyo mayor esplendor data de la época de las Cruzadas, pues se pretendió realizar en Europa lo que se viera en Oriente. De ahí tantas obras maestras, tantas catedrales que son á un tiempo la gloria de la Religión que las inspiró, y la perenne apología de las Cruzadas que proporcionaron su modelo, y perfeccionaron sus detalles.

5.º Emanciparon á las clases pobres. La Religión al declarar que todos los hombres son hermanos depuso en los espíritus el germen de la libertad universal; libertad prudente, racional, necesaria, que no excluye el poder ni la subordinacion; pero las revoluciones incesantes acaecidas en el mundo aun no habian permitido á la Iglesia sacar todas las consecuencias de su principio salvador. Verdad

es que millares de hombres gozaban ya de libertad, mas todavía eran muchísimos los que la esperaban; pero ocurren las Cruzadas, y los señores para adquirir fondos al partir á la Tierra Santa dan libertad á sus siervos, ó bien formando pios votos se comprometen á emanciparlos si el éxito de la guerra corona sus esfuerzos, ó si la Providencia les restituye con seguridad á sus hogares.

6.º Suavizaron la suerte de los cristianos orientales, los cuales aun al recaer bajo el dominio de los musulmanes no volvieron á sufrir las mismas persecuciones y tropelias que antes.

7.º Por fin, relegaron al Asia Superior el poder mahometano, poniéndole por mucho tiempo en la imposibilidad de atreverse contra la Europa <sup>1</sup>.

Hemos dicho que un religioso fué el primero en señalar el inminente peligro que de parte de los sarracenos amenazaba al Occidente: este religioso, cuyo nombre se ha hecho tan célebre, llamábase Pedro el Ermitaño, y era natural de la diócesis de Amiens en Francia. Habiendo efectuado una romería á los Lugares Santos, afligióse sumamente al verlos profanar por los infieles, y hablando de ello con Simon, patriarca de Jerusalem, en varias conferencias, ajustaron el plan de librar á la Palestina de la servidumbre en que tanto tiempo yacía. De regreso, presentóse al papa Urbano II, y le hizo una pintura tan afflictiva de la situacion en que se hallaban los cristianos, que el Pontífice le autorizó para ir de provincia en provincia excitando á los reyes y á los pueblos á librar á sus hermanos de la opresion.

A primera vista Pedro no era muy apto para llevar á cabo negocio de tal importancia, siendo de pequeña estatura y de fisonomia poco agradable, con su luenga barba y sayal grosero; mas debajo de ese humilde exterior encubría un gran corazon, mucha energía, elocuencia, entusiasmo, valor heróico, talento elevado, y una vehemencia y calor de sentimientos tales, que transmitia sus propios afectos de una manera irresistible al alma de cuantos le escuchaban. Su vida pobre y austerísima le daban aun mayor suma de autoridad, pues entregaba á otros lo mejor que le daban contentándose con solo pan y agua, pero sin afectacion y con la cuerda piedad propia de un talento de tal valía.

<sup>1</sup> Véase Michaud, *Historia de las Cruzadas*, y la obra italiana *Apologia de'secoli barbari*.

Habiendo Urbano convocado por sí mismo un concilio en Clermont, al cual concurrieron varios príncipes, prodújose en él en términos tan patéticos, que los asistentes echaron á llorar, clamando unánimes: ¡*Dios lo quiere!* ¡*Dios lo quiere!* Estas palabras, repetidas como por inspiracion, tuviéronse por de feliz augurio, y en lo sucesivo fueron la voz de guerra de los cruzados. Desde luego la Francia, la Italia y la Alemania se pusieron en movimiento; grandes y pequeños aceptaron con entusiasmo la insignia de la cruz, y lo mas edificante fué ver cesar como por ensalmo las enemistades y guerras intestinas que traian revueltas varias provincias; como si la paz y la justicia hubiesen repentinamente descendido á la tierra para disponer á los hombres á la guerra santa.

La Francia, predestinada <sup>1</sup> tan visiblemente para defender la Iglesia y propagar el Evangelio, se distinguió entre las demás naciones, y tuvo la gloria de dar á la cruzada el jefe que la dirigió, el célebre Godofredo de Bouillon, en quien se reunian la prudencia de un anciano con los bríos de la juventud, juntando al valor de un caballero intrépido la piedad de un santo.

Puesta en marcha una expedicion, cruzó gran parte de Europa y Asia, y tomando de paso á Antioquia fué á acampar al pié de los muros de Jerusalem. Hallábase esta ciudad bien municionada, y podía resistir mucho tiempo; mas los cruzados hicieron prodigios de valor, y dentro de cinco semanas la tomaron por asalto un viernes á las tres de la tarde: circunstancia notable por haber recaido en el mismo dia y hora en que nuestro Señor espiró en la cruz. En el calor de la victoria, nada pudo contener al soldado; todos los infieles, — los habia en gran número, — fueron pasados á degüello, siendo por algunas horas horrible la matanza; pero calmándose la saña, y entrando en los corazones sentimientos mas tiernos, depusieron los cruzados sus sangrientas vestiduras, y descalzos, llorando, golpeándose el pecho fueron á visitar los lugares consagrados por la Pasion del Salvador. Los pocos cristianos que habian quedado en Jerusa-

<sup>1</sup> Si los franceses sacan á relucir esa su *predestinacion* para el bien, fuerza será que admitan á su lado su como *predestinacion* para el mal. «Cuando la «Providencia, ha dicho *Lamartine*, quiere que una idea abrase al mundo, la «enciende en el alma de un frances.» *Quand la Providence veut qu'une idée embrase le monde, elle l'allume dans l'âme d'un français.* (*Histoire des Girondins*). — (Nota del Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA).

len daban voces de contento y tributaban á Dios rendidas gracias por haberles librado de la opresion.

Ocho dias despues juntáronse los príncipes y magnates para elegir un rey que pudiese conservar una conquista tan preciosa, y habiendo recaído la eleccion en Godofredo, como mas virtuoso y valiente, condujéronle á la iglesia del Santo Sepulcro donde fué proclamado. Al presentarle una corona de oro para que se la ciñera, rehusóla el piadoso héroe, diciendo: «No permita Dios que yo ciña tal corona en un lugar donde el Rey de los reyes la ciñó solo de «espinas<sup>1</sup>.»

Al paso que los pueblos cristianos resolvian marchar contra los infieles, algunos ángeles de paz y oracion habian tomado el camino de la soledad, ya para granjear victorias á sus hermanos, ya para expiar los desarreglos inevitables de unas expediciones tan lejanas, ó contrabalancear los escándalos que afligian aun á la Iglesia, y enjugar las lágrimas que por la herejía de Berengario derramara recientemente, y tambien para perpetuar el verdadero espíritu del Cristianismo y enseñar á todas las generaciones á servir á Dios en espíritu y en verdad. Entonces se planteó en efecto la Orden cartujana, la mas cabal de todas, puesto que jamás tuvo que reformarse; dejemos el tumulto de los campamentos, y recojámonos para visitar esta maravilla de la soledad.

Bruno, fundador de esa Orden célebre, nació en Colonia por los años de 1060; sus padres, sujetos de piedad recomendable, quisieron criarle á su vista, por cuyo medio el jóven Bruno hizo rápidos progresos en saber y virtud. Nombrado escolar y canciller de la diócesis de Reims, donde acabó sus estudios, vió extenderse rápidamente su fama halagado por el aura popular; mas léjos de envanecerse con los dones de Dios, solo los empleó en propagar el reino de Jesucristo. Estimulado de la gracia y del deseo de una vida mas perfecta, resolvió dejar el mundo, comunicando y logrando hacer adoptar su proyecto á seis amigos suyos, de los cuales dos eran canónigos de San Rufo en el Delfinado. «No basta la soledad, les dijo san Bruno, si no tenemos un hombre ilustrado en las vias de Dios que nos trace una regla de conducta.» Los canónigos respondieron: — «Conocemos en nuestro país un santo obispo cuyo solo anhelo es

<sup>1</sup> Véase *Diccionario histórico*, art. *Pedro Damian*; *Historia compendiada de la Iglesia*, y *Fleury*, lib. LXIV y LXVII.

«salvar al mundo por la penitencia, el cual tiene en su diócesis muchas selvas, peñascos y desiertos inaccesibles á los hombres.» Era este prelado Hugo obispo de Grenoble. Bruno, alegre á semejante noticia, púsose en marcha con sus seis compañeros para ir á encontrar al varon de Dios, y habiendo llegado á Grenoble en la fiesta de san Juan Bautista del año 1086, su primera diligencia fué echarse á los piés de san Hugo, y pedirle algun rincón en su diócesis donde sin gravámen de nadie pudieran servir á Dios y permanecer léjos del mundo. Viendo el Prelado aquellos siete viajeros desconocidos, hizo memoria de una vision que habia tenido la noche anterior, en la cual se le representó Dios construyendo por sus manos un templo en el desierto de su diócesis conocido por la *Cartuja*, rodeándole en auréola siete estrellas que se elevaban del suelo y le precedian como abriendo camino; de manera que apenas vió y oyó á Bruno y sus compañeros, les aplicó esta vision, y abrazándolos tiernamente quiso en persona conducirlos al desierto de la Cartuja.

Nada mas propio que el aspecto de aquella soledad para elevar y fuertemente impresionar el ánimo, al imponente espectáculo de una naturaleza la mas sombría, que convenceria hasta á un ateo de la existencia de Dios, con solo conducirle y decirle: *¡Mira!* Un hondo valle rodeado de peñas áridas, escarpadas y cubiertas lo mas del año de nieblas y nieves, tal fué la cuna de los Cartujos; y el obispo Hugo para aislar mas y mas aquel sitio, prohibió acercarse á él mujeres, pastores y cazadores. Contentos Bruno y sus amigos de haber encontrado un asilo cual deseaban absolutamente separado del resto de la tierra, empezaron por labrarse un oratorio y algunas celdillas aisladas cual las antiguas lauras de Palestina. Respecto á la vida admirable que aquellos ángeles en la tierra llevaban, difícil seria pintarla: entre otras cosas obligáronse á guardar perpetuo silencio á fin de conversar solo con Dios, empleando además mucha parte del tiempo en cantar sus alabanzas; á la oracion seguia el trabajo, que consistia principalmente en copiar libros piadosos al objeto de ganarse la subsistencia sin gravámen de nadie; y lo mismo poco mas ó menos practican los Cartujos en nuestros dias.

Ayunan durante ocho meses del año: los domingos y fiestas de guardar comen en comunidad, pero los demás dias cada uno recibe su racion separada por una ventanilla ó torno que hay en cada celda, donde comen á solas cual los ermitaños. Oracion, lectura, tra-

bajo de manos, hé aquí sus ocupaciones habituales. Anejo á cada celda hay un jardinito que los religiosos cultivan por sí mismos. Levántanse todas las noches á las diez para rezar los oficios; vuélvense á descansar á las tres de la madrugada, y á las cinco ó á las seis pónense otra vez en pié para continuar su rezo. Llevan siempre ceñido el cilicio; duermen sin desnudarse, y un simple jergon les sirve de cama.

Tranquilos enteramente en el seno de un mundo ruidoso, cuyo rumor raras veces llega á sus oídos, oran sin tregua por los demás hombres, y atraen sobre la tierra continuas bendiciones. Milagros del universo, viven en la carne cual si no la tuvieran, y verdaderos ángeles en el siglo, representan á Juan Bautista en el desierto, constituyendo el adorno supremo de la Esposa de Jesucristo, á manera de águilas prontas á desplegar su vuelo hácia el cielo. Por esto su instituto es preferido con razon á todas las demás Órdenes religiosas<sup>1</sup>, por cuanto en ellos persevera con toda fuerza el verdadero espíritu del Evangelio. Hé aquí en prueba el siguiente ejemplo:

El Salvador dijo: *El que es primero entre vosotros, sea como el último*<sup>2</sup>; expresion roborada por el Dios que la pronunció, y que ha invertido las ideas humanas sobre el poder. Efectivamente, segun el Cristianismo, las dignidades, los empleos de nota se llaman *cargas* no sin motivo, siendo muchísimos los Santos, esto es, los verdaderos cristianos, que rehusaron ó no aceptaron sino con temor las dignidades que se les ofrecian, siendo tal vez muchos mas los que fallecieron abrumados por tales cargas, por cuanto el ejercicio del poder fué para ellos un largo martirio, una consagracion perenne de noche y de dia á los intereses de sus subalternos. Ahora bien: esta manera altamente social de considerar las grandezas ha permanecido entre los Cartujos, en cuyo lenguaje, que es del todo filosófico porque es del todo cristiano, se dice que un prior *pide misericordia* cuando solicita ser exonerado de la superioridad, y se tiene con él *misericordia* cuando se accede á su peticion, ó no se tiene cuando no se accede<sup>3</sup>. Esta noción cristiana del poder no cuaja en el mundo; pero tambien, ved cuánta rivalidad, cuánta intriga, cuánta bajeza, y sobre todo cuántas calamidades para los pueblos.

<sup>1</sup> Bona, *De divina Psalmodia*, c. 18.

<sup>2</sup> Matth. xx, 27.

<sup>3</sup> *Diccionario de Trévoux*.

Modelos de las virtudes cuyo cuadro acabamos de bosquejar, viéndolo ya mas en el cielo que en la tierra, ¿quién extrañará que los Cartujos vieses llegar la muerte con santo gozo, y que sus funerales mas parecieran una fiesta que una lúgubre ceremonia? Cuando fallece algun hermano, lo afeitan, lo lavan, y revisten de su sayal mejor, poniéndole un pequeño crucifijo entre las manos, cruzadas sobre el pecho, y antes de la celebracion de los oficios lo trasladan al coro, colocándole en su mismo sitio, como si aun viviera, y al proceder á sus exequias, todos los demás religiosos le van saludando, á manera de despidido. Llevado en brazos por dos de ellos, es trasladado procesionalmente al lugar del entierro: al descenderle á la hoya le echan la caperuza sobre el rostro, y luego, empezando el abad y siguiendo los demás, le arrojan cada cual una palada de tierra y en seguida un ramillete de las mejores flores de cada jardin, como recuerdo amistoso, y como emblema tierno de las virtudes del finado.

Seis años despues de la fundacion de la Cartuja, el Sumo Pontífice llamó cerca de sí á Bruno, cuyo discípulo habia sido, y el Santo á fuer de humilde obedeció, bien que pesaroso de abandonar su amada soledad: pues tan opuestos eran sus gustos á la vida del mundo, que á poco de morar en la corte pontificia solicitó permiso de volverse al desierto, y el Papa hubo de concedérselo, si bien con la terminante prevencion de que no dejaria la Italia. Bruno se dirigió entonces á las montañas de Calabria donde fundó otro monasterio, y por fin, cuando llegó el tiempo en que Dios quiso premiar los trabajos de este acendrado servidor suyo, puesto en trance de muerte, Bruno llama al rededor de sí á sus religiosos, y haciendo ante todos una confesion pública de su vida y profesion de fe, declara creer los misterios de la Religion pura, simple é irrevocablemente, y concluye con una larga disertacion sobre la sagrada Eucaristía atacada á la sazón por la herejía de Berengario. El domingo siguiente, 10 de octubre, dió su espíritu al Criador, frizando apenas en los cincuenta años, el de 1101<sup>1</sup>.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber suscitado tantos Santos que mantuviesen en el mundo la fe y la disciplina,

<sup>1</sup> Véase Helyot, t. VII, pág. 367; Fleury, lib. LXIII.

á mayor provecho nuestro: hacednos la gracia de que sepamos utilizar tamaños beneficios é imitar á tan buenos modelos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me preguntaré á menudo: ¿qué haria un Santo si estuviese en mi lugar?

LECCION XXXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.  
(SIGLOS XI Y XII).

La Iglesia afligida: fuego sacro, ó de san Antonio;—consolada: fundacion de la Orden de san Antonio de Viennois;—atacada en Oriente: musulmanes;—defendida: caballeros de san Juan de Jerusalem ó de Malta;—afligida: la lepra;—consolada: caballeros de san Lázaro;—atacada: escándalos, errores;—defendida y consolada: san Bernardo.

La historia de la Iglesia, propiamente hablando, no es otra que la de la accion divina protegiendo la verdad cristiana y propagándola á pesar de todos los obstáculos. Ya muchas veces hemos manifestado que Dios coloca siempre el remedio al lado del mal, el consuelo al lado de la pena; á la herejía opone los Santos y las Órdenes apologistas; á los escándalos, los Santos y las Órdenes contemplativas; á las calamidades públicas, los Santos y las Órdenes hospitalarias. El siglo xi nos suministrará nuevas pruebas de esta verdad.

Mientras los cristianos de Europa pasaban al Oriente para socorrer á sus oprimidos hermanos, una terrible enfermedad se desplegó de pronto en Francia y en otros puntos del Occidente. Esta enfermedad, nunca bien definida, y que el pueblo dió en llamar *fuego sacro* ó *fuego de san Antonio*, y *fuego del infierno*, hizo sus mayores estragos durante los siglos xi y xii, siendo su principal efecto inutilizar del todo el miembro acometido, el cual se ponía negro y seco como si estuviera quemado, ó se corrompia causando dolores insufribles.

Un caballero del Delfinado llamado Gaston vió caer víctima de ese mal terrible á su hijo Guerino; apeló para curarle á todos los remedios, pero siendo inútil invocó á san Antonio, cuya proteccion le habia valido á él mismo en otra aguda enfermedad, rogándole humilde que volviera la salud á su hijo, y prometiendo, si le oía, consagrarse él y su hijo con todos sus bienes al alivio de los pobres acometidos del fuego sacro, y al socorro de los peregrinos que de todas